

LOS TRABAJADORES AGRÍCOLAS MARROQUÍES DE EL EJIDO. DE LA INVISIBILIDAD A LA TOMA DE CONCIENCIA DE SÍ MISMOS

ZOUBIR CHATTOU *

Este artículo trata de contribuir a la comprensión del proceso que ha generado los últimos sucesos en El Ejido. Sobre todo busca situar el fenómeno de la violencia étnica en un contexto sociológico marcado por la explotación del trabajo de los asalariados agrícolas (predominantemente marroquíes) en la agricultura intensiva española. Expone igualmente la vivencia de la inmigración, la precariedad de sus condiciones de existencia y las relaciones conflictivas entre obreros españoles e inmigrantes. La inmigración marroquí en la agricultura ha permanecido invisible durante mucho tiempo. Este silencio no puede perdurar por el hecho que esconde un verdadero problema social relativo a la desestructuración provocada por la situación migratoria y las nuevas reivindicaciones para mejorar condiciones de vida y trabajo. La intervención del Estado, de la sociedad civil y de los diferentes actores sociales, económicos y políticos puede reposicionar el debate sobre cuestiones centrales relativas al «querer vivir

* Profesor Investigador. Escuela Nacional de Agricultura. Meknes. Marruecos.

juntos» en la dignidad y el respeto al otro, lejos de las pasiones y los identitarismos que conducen al racismo.

The purpose of this article is to contribute to the understanding of the process which triggered the recent incidents in El Ejido (Spain). Above all, this article tries to keep the ethnic violence phenomenon within a sociological context characterized by the work exploitation of the farmer workers (most of them are Moroccans) in the Spanish intensive agriculture. It also shows the immigration experience, the deprivation in which they live and the problematic relationship between the Spanish workers and the immigrants. The Moroccan immigration in the field of agriculture has been invisible for a long time. This silence cannot remain because under it there is a social problem related to the morpholysis caused by the immigration situation and the new demands that claim for better life and work conditions. The intervention of the State, the civil society and the different social actors can replace the debate on the main issues. These issues are related to a community life with dignity and respect and it is placed far from the racism caused by passions and identities.

No pretendemos analizar el discurso pasional y las causas desencadenantes de las pasadas olas de violencia que hicieron peligrar el Estado de derecho en la localidad de El Ejido. Los mecanismos ideológicos y xenófobos tienden a crear cabezas de turco o un enemigo imaginario que pueda ser el origen de todos los males que vive la sociedad española en general y Andalucía en particular (mayor número de parados de Europa). La violencia se ha dirigido contra los grupos de inmigración más importantes, la mayoría de origen marroquí, debilitando y reduciendo sus condiciones sociales. Estos grupos, que viven la exclusión a cualquier nivel, viven aislados de la sociedad dominante, en la invisibilidad y el silencio. Todo parece revivir aquella paradoja de identidad de antaño de la sociedad española contra los moros.

Sin embargo, pese a nuestras convicciones humanitarias (derechos del hombre, democracia...), el desorden y la violencia, el extremismo y los sentimientos xenófobos se revelan consustanciales al hombre moderno. Este universo, que fomenta la precariedad y la extrema pobreza, se alimenta de la globalización, que deshumaniza y margina a las grandes poblaciones y que nace de la organización de las grandes redes financieras y la primacía de relaciones comerciales. Ciertas instituciones (OMC, GATT...) que pretenden acelerar la globalización, alimentan el nacionalismo y el sentimiento patriótico.

A continuación figuran algunos testimonios que recogimos durante el estudio realizado entre 1994 y 1996 en Almería, Murcia y Valencia. En aquella época la situación de los trabajadores agrícolas era ya muy conflictiva. Ya era visible cierta tensión en los distintos ambientes: algunas cafeterías prohibían la entrada a los inmigrantes, había conflictos entre andaluces y marroquíes, y entre gitanos y marroquíes. Asimismo, expondremos las vivencias de los trabajadores agrícolas y toda la desestructuración que sufren.

1. VIOLENCIA IRRACIONAL

Las bandas que han sembrado el terror en El Ejido persiguiendo a las minorías inmigrantes, trabajadores agrícolas marroquíes en particular, han dejado ver que existe un proletariado socialmente necesario en el proceso de producción agrícola. Este proletariado ha sido mantenido en unas condiciones de existencia muy parecidas a las del «ejército de reserva» del siglo XIX liberada por el capitalismo industrial en Inglaterra, en Francia y en otros países.

El conflicto tiene, al menos, dos méritos: el primero reside en la mediatización de su condición a escala mundial. Dicha mediatización ha calificado estos actos de violencia contra los trabajadores agrícolas de «vergüenza» para una Europa próspera y para los derechos del hombre. Los acon-

tecimientos muestran así todo un cúmulo de contradicciones sociales y políticas inherentes al sistema capitalista propio de las democracias occidentales. Por ser perseguidos, los inmigrantes han tenido su parte de «celebridad» en todo el mundo. Han salido del anonimato cotidiano, del silencio, de la exclusión organizada, de la invisibilidad social y cultural, de la condición de «ser-herramienta», para entrar en la condición de personas humanas capaces de reivindicar condiciones de vida decentes. Su segundo mérito consiste en dar a conocer las condiciones de exclusión en las que viven, la violencia tanto física como simbólica que soportan y la importancia del rol socioeconómico que tienen en la economía española. Están sometidos por el paternalismo «rentista» y la sobreexplotación, a menudo en contra de las normas y las leyes vigentes.

El trabajo de las minorías inmigrantes es más percibido como un «favor» de la sociedad dominante a estas «pobres gentes» que huyen de la miseria de su país, como algo que la sociedad de acogida comparte caritativamente con los más necesitados. Esta manifestación social es una forma de negar su legitimidad y el hecho de que sean necesarios para satisfacer las necesidades de la agricultura capitalista, en plena expansión en la zona de Almería y El Ejido.

La toma de conciencia se ha visto favorecida por los movimientos de asociación, políticos y sindicales, así como por los intelectuales de la sociedad de acogida que han expresado su rechazo a lo inadmisibile: el racismo. La manifestación extrema de que los trabajadores agrícolas han tomado conciencia de su situación es la huelga que ha paralizado, según parece, el sector de la agricultura en invernaderos en la zona de Almería y El Ejido. Han tenido la oportunidad de aprender a organizarse, a rebelarse contra la sobreexplotación y a medir sus fuerzas. Los trabajadores agrícolas han roto de esta manera el silencio para aprovechar la única ocasión que han tenido para contar al mundo¹ sus sufri-

¹ Diversas organizaciones y asociaciones de Marsella organizaron una manifestación de apoyo a los trabajadores agrícolas de El Ejido.

mientos cotidianos. La forma que han tenido de servirse de los medios de comunicación, que se han movilizado para mostrar su entorno, es una manera de romper el silencio y aspirar así a un poco de humanidad.

La violencia simbólica y física que tienen en común los individuos que se agrupan en micro-organizaciones sociales, espontáneas o institucionalizadas, no es más que la cristalización del miedo al otro, a ese desconocido que trabaja más que nadie por un salario mínimo; a ese competidor en potencia en el mercado laboral; a esa especie «humana» que duerme y trabaja debajo de unos plásticos, sin tener el menor derecho en un Estado de derecho; a ese extraño extranjero que puede encarnar la imagen histórica del invasor: los moros. Una imagen a menudo actualizada en las prácticas rituales de Andalucía y otras comunidades. Además el término «moro» ha evolucionado hacia una denominación estigmatizada y peyorativa muy parecida a la de *bougnoule* (equivalente de moro) en francés.

El estallido de violencia contra los inmigrantes marroquíes de El Ejido recuerda a otros casos similares en otros países.

En Aigues Mortes, Francia, los trabajadores estacionales italianos fueron perseguidos por los franceses a partir de 1893. «Convocados por el sonido del tambor, los franceses, armados con picos, palas y fusiles, organizan una batalla que se cobrará ochenta muertos...»². En 1892, en Drancourt (Pas-de-Calais, Francia), una movilización racista de unas dimensiones poco corrientes, obliga al 75 por 100 de la mano de obra flamenca a huir debido a lo grave de las amenazas. En 1901, en Lens y Lièvin, fueron perseguidos y algunos asesinados. En los años treinta, los polacos fueron también víctimas de delitos y de agresiones físicas. En los sesenta, los Argelinos fueron objeto de múltiples agresiones y represalias como consecuencia de la

² N. MONKACHI, «À désespérer de l'humanité», *Gazette du Maroc*, n.º 154, 23/2/2000.

guerra de liberación nacional declarada por el *FLN* (*Front de libération Nationale*).

La violencia contra la población negra en EEUU también es muy conocida. En 1902, en el Estado de Nevada los rusos fueron perseguidos. En los años setenta los obreros mejicanos, contratados principalmente para la recogida del melón, fueron agredidos y maltratados. Los chinos llevados allí por las compañías ferroviarias conocerían una situación similar que produjo la muerte a decenas de ellos.

En Alemania, dejando a un lado el genocidio judío, varias oleadas de violencia neonazi se produjeron en Hoyenswerda y Rostock a principios de los noventa. Las víctimas fueron los turcos y sus viviendas fueron incendiadas.

No pretendemos enumerar todos los actos de insostenible violencia irracional. Los pocos ejemplos mencionados no son más que un repaso histórico contra el olvido. Toda violencia interétnica está implícita en los razonamientos nacionalistas y encierra en sí el fanatismo, la ira contra el otro y el racismo.

Aunque España es prácticamente el segundo país inversor en Marruecos y su ayuda en el marco de la cooperación y el desarrollo (bilateral y descentralizada) aumenta cada vez más, la historia reciente de las relaciones entre ambos países ha estado marcada por sucesivas polémicas. El Gobierno español ha sido interrogado por los grupos de presión del interior, y en Andalucía en particular, el debate se ha centrado en los acuerdos de pesca. Sin embargo, con el asunto de El Ejido, España no parece querer adoptar una actitud más comprensiva, continúa portándose como una potencia colonial y aprovechándose de su estatuto de miembro de la Unión y de su posición geográfica para ejercer una presión sobre Marruecos. Además, las exportaciones agrícolas marroquíes hacia otros países miembros tropiezan sistemáticamente con la resistencia española. Los lobbies de pescadores obstaculizan también la libre circulación de las mercancías marroquíes hacia Europa.

También hay que destacar la presión que ejerce la inmigración clandestina sobre las representaciones imagina-

rias colectivas de la sociedad española. Estos elementos contribuyen a la cristalización del miedo hacia los marroquíes, grupo dominante estadísticamente y que vive en condiciones de extrema indigencia, pero que resulta perfecta cabeza de turco para una población local a menudo llegada de otras regiones para sacar provecho de la «gallina de los huevos de oro», o lo que es lo mismo, el cultivo en invernaderos³.

El Gobierno marroquí ha reaccionado de una manera comedida y discreta para pedir a las autoridades españolas que se proteja a sus ciudadanos. A. Belarbi, Secretaria de Estado para la Cooperación, califica estos acontecimientos de «crisis en las relaciones bilaterales». Considera deplorable la actitud de una parte de la opinión pública española, que actúa muy a menudo en función de estereotipos, ya que «la imagen que se tiene del marroquí es la del marroquí inmigrante, y los problemas de circulación de personas y mercancías se contemplan como si Marruecos fuera un país en permanente competencia con España».

2. LOS MARROQUÍES EN LA AGRICULTURA ESPAÑOLA

Basándonos en los datos de un estudio realizado en Andalucía y en Valencia, trataremos de analizar la situación de los trabajadores agrícolas marroquíes en la agricultura española. Destacaremos también las conflictivas relaciones entre los trabajadores españoles y los inmigrantes. Estas relaciones alimentan la violencia entre los distintos grupos étnicos.

Los numerosos testimonios recogidos manifiestan la visión que tienen los inmigrantes de su posición social y de su inserción en las relaciones de dominación caracterizadas por la explotación en el trabajo. La inmigración misma

³ N. MONKACHI, *Ídem*.

es vivida como una incapacidad social. Hassan, de cuarenta y seis años, explica esta realidad:

«Como jornaleros agrícolas vivimos una asquerosa discriminación en el trabajo. Los patrones hacen trabajar mucho más al hombre árabe que al “gaouri” (español, cristiano), pero pagan más al “gaouri” que al árabe. Es muy injusto. No podemos hacer nada porque necesitamos trabajar. Vivimos como sus esclavos, deciden lo que quieren y nosotros tenemos que aceptar. Somos los amos en su casa.»

Este fragmento de entrevista pone de manifiesto las tensiones que existen en el lugar de trabajo, primero entre el colectivo de trabajadores y el empresario y luego entre los trabajadores mismos. Debido a la falta de grupos de presión (sindicatos, asociaciones...), los trabajadores agrícolas están sometidos a un régimen de trabajo y de remuneración específicos y distintos a los de los españoles. El patronato se aprovecha de la vulnerabilidad y de la debilidad de los trabajadores agrícolas para pagarles menos y hacerles trabajar más, a menudo de forma ilegal.

La mayor parte de los trabajadores de El Ejido, Murcia, Huelva, Pacheco, etc., en su mayoría marroquíes, vienen de zonas rurales marroquíes⁴. Ya han pasado por migraciones interiores en su país para ir en busca de trabajo y siempre hacia zonas agrícolas de tipo capitalista. Por este motivo, ya tienen experiencia como trabajadores agrícolas y conocimientos muy valorados por el empresario español. Su integración como asalariados no es por tanto producto de su presencia en España. Los trabajadores confirman claramente esta idea en sus testimonios:

«Los marroquíes que trabajan aquí dominan a la perfección el trabajo agrícola. Casi todos tienen experiencia como trabajadores agrícolas. Si tuvieran tierras podrían hacernos la competencia a los españoles. Por otro lado, cuando empiezas a trabajar para un nuevo empresario, éste te hace firmar un documento sin que

⁴ Ver el *Atlas de la inmigración marroquí en España*, B. LÓPEZ.

ni siquiera sepas de qué va. Al cabo de una hora más o menos, te dice si puedes quedarte o no. Es raro que no cojan a un marroquí. Incluso en el Mokeff (oficina de contratación) los agricultores eligen primero a los inmigrantes, hasta tal punto que todos los árabes se hacen pasar por marroquíes.»

La emigración no es solo una transferencia de hombres aislados, separados de sus condiciones de vida anteriores. También emigran las formas sociales de trabajo, la estructura de la mano de obra, los métodos de trabajo heredados de la colonización francesa y mantenidos en el sistema de producción marroquí. Y los agricultores españoles reproducen todo esto porque resulta rentable.

«El trabajo a destajo es muy frecuente en la agricultura de Murcia y en la zona de El Ejido y Almería. Es duro porque te pagan por lo que recoges, es decir, según los sacos, cestos, etc. En general, el patrón ya ha hecho sus cálculos para que el salario de la jornada no supere las 3.500 ó 4.000 pesetas para los inmigrantes. Cuando te llevas 5.000, te consideras afortunado. Trabajamos como perros para llevarnos dos duros. Se te quitan las ganas de trabajar... pero de algo hay que comer. A diferencia del trabajo a jornal, el trabajo a destajo exige un ritmo de trabajo intenso. A veces incluso trabajas durante el descanso de la comida para ganar más. Comes mientras trabajas, no puedes tomarte más de cinco minutos para devorar el bocata, casi siempre de sardinas. Pues eso. Un asco.

Cuando trabajas a jornal, trabajas con más libertad, menos presión, y en definitiva, menos, porque no te preocupas demasiado de la cantidad que recoges ya que te van a pagar igual. Trabajas todo el santo día y por la noche estás para el arrastre. Hay trabajos a jornal durísimos, como la recogida del melón, la sandía, la alcachofa... Vamos, que no cobras tu salario hasta que no estás destrozado» (Ahmed, cuarenta y tres años, Taourirt).

Las dos formas de trabajar que existen en el proceso de producción agrícola en Marruecos son el trabajo a destajo

y el trabajo a jornal. La primera implica una cierta auto-explotación, mientras que la segunda permite al trabajador ir más a su ritmo. Pero ambos métodos se llevan a cabo según la demanda del mercado y la naturaleza del cultivo. A veces incluso se produce discriminación en el momento de la recolección o de la cosecha por el hecho de ser español o inmigrante. La primera cosecha a destajo se ofrece a los trabajadores españoles por un salario superior. Los españoles llegan a cobrar unos salarios por jornada bastante altos (entre 7.000 y 9.000 pesetas), por dos razones: la producción es abundante (hay mucho fruto que recoger) y el precio de la pieza (saco, cesto...) es superior. La segunda cosecha y a veces la tercera se confía a los inmigrantes pero por salarios claramente inferiores (entre 2.500 y 4.000 pesetas.).

Entre los españoles y los inmigrantes se da una importante competitividad en el trabajo. El origen de la explotación es la discriminación étnica. Los empresarios han introducido la gestión caporalista, para dirigir, vigilar y controlar el ritmo de trabajo. El caporal⁵, así llamado por los trabajadores de origen marroquí, es una figura que se ha transmitido de la agricultura marroquí a la agricultura andaluza. La función de caporal, cuando el empresario ni ningún miembro de su familia puede ejercerla, se confía a un marroquí. Pero los trabajadores españoles no aceptan trabajar a las órdenes de un caporal de origen marroquí y por eso disfrutaban de un trato particular.

El caporal resulta ser la clavija maestra en la selección, contratación y gestión del trabajo. Posee un poder importante y una función reguladora en la empresa agrícola. Es además un intermediario entre el empresario y el trabajador.

Cuando se produce un desequilibrio entre la oferta y la demanda de empleo, los inmigrantes que se encuentran en

⁵ El término caporal es de origen militar y significa la implicación del caporal en la movilización de fuerzas de trabajo hacia Marruecos para satisfacer las necesidades de la infraestructura colonial.

una situación de extrema precariedad aceptan trabajar bajo condiciones humillantes y a cambio de salarios que suponen un desafío para cualquier competencia. Esto alimenta una violencia latente, a veces manifiesta entre ambos grupos de trabajadores.

«Los marroquíes, comenta un interlocutor de origen argelino, son solidarios con todo excepto con el trabajo. Cuando hay poco trabajo... sálvese quien pueda.»

La competitividad en el trabajo contempla posiciones paradójicas: por un lado, los inmigrantes tratan de parecer buenos trabajadores, viriles e infatigables. Por otro lado, esto es una forma de excluir a los demás para que el empresario no les despidan. Mohamed comenta:

«Tenemos problemas con los trabajadores españoles. Nos tratan como a animales. Nos dicen: “Todos tenemos la misma sangre, así que de qué sirve trabajar a un ritmo tan rápido. Si todavía fuera porque funcionáis con gasolina y nosotros con gasoil, lo entendería.” No entienden que nosotros tenemos que demostrar más que ellos para que nos den trabajo al día siguiente. Los patrones nos vigilan más que a ellos, nos controlan más. Además trabajamos sin contrato y si el empresario quiere ignorarnos, puede hacerlo sin problemas, nosotros no podríamos hacer nada para evitarlo. Ellos (los españoles) reciben un trato diferente y además se les paga mejor que a nosotros y tienen contrato. Es patético, ¿no?»

Los trabajadores agrícolas no forman un grupo homogéneo. Varias diferencias importantes definen su colectivo. Entre los trabajadores hay diferentes perfiles (origen rural o urbano, analfabetos o escolarizados, regulados o sin papeles...). Sólo la creación de una infraestructura y de un equipo basado en el conocimiento mutuo, en el hecho de pertenecer a una misma población, puede permitir al individuo existir y poder trabajar. Sociológicamente el salario individualiza a la persona y la disocia de su comunidad. Pero la búsqueda de protección y seguridad afecti-

va crea las condiciones propicias para el agrupamiento que hace que la competencia y la competitividad sean elementos indispensables para la supervivencia. Por esta razón podemos observar los conflictos que tienen lugar entre los marroquíes originarios de Berkane, Taourirt, de Bouarfa, etc.

Los españoles no aceptan trabajar con inmigrantes marroquíes. Pueden estar codo con codo, siempre y cuando los salarios y las condiciones sean diferentes. Cada grupo culpa al otro del deterioro de las condiciones laborales. Los marroquíes también prefieren trabajar junto con los suyos y por eso dificultan la tarea del trabajo «mixto», es decir, el trabajo con personas del África negra, sobre todo cuando se trata de trabajo a destajo.

En otro informe llevado a cabo en Valencia, donde la temporada de los cítricos moviliza a un importante número de trabajadores, casi todos venidos del sur, una responsable de un centro de acogida de mano de obra en Puçul nos comenta las particularidades de las relaciones sociales en el trabajo:

«Los marroquíes se integran mejor en España que los negros, están mejor organizados para encontrar trabajo y tienen medios de transporte para ello. Además, los empresarios prefieren contratar a los marroquíes. Dicen que es porque los negros no son tan rápidos. Pero a mí me parece que es más porque al ser hombres de color llaman más la atención. A este nivel hay muchos prejuicios. No creo que la recogida de los cítricos sea tan complicada.

Por otro lado, los marroquíes tampoco están a gusto trabajando con los negros. Se organizan mejor en equipo ellos solos. Tienen buenos conocimientos agrícolas, y como el salario de la jornada depende de la cantidad de cestos recogidos, los equipos son bastante cerrados. También la afinidad entre los trabajadores tiene que ver. Como la diferencia de salarios entre extranjeros es llamativa, los españoles prefieren trabajar entre ellos y no se mezclan en equipos con extranjeros.»

El que se trate de una agricultura centrada en el cultivo de hortalizas en Andalucía o de una agricultura donde predomina la arboricultura y en particular los cítricos, no altera prácticamente nada las relaciones sociales en el trabajo.

Aunque la labor de la cosecha iba destinada tradicionalmente a los trabajadores de temporada españoles de Andalucía y a los inmigrantes, actualmente y debido a la generalización del paro, se percibe que año tras año la primera cosecha se le ofrece prioritariamente a los españoles locales (jóvenes agricultores autóctonos). Sin embargo, los inmigrantes intervienen sólo como una reserva de apoyo para la segunda y tercera recolección, que los españoles no quieren hacer porque está peor pagada.

Existen tres fases en la recolección de los cítricos, en función de la calidad y el destino del producto. La primera cosecha va destinada al consumo nacional o a las exportaciones a países europeos. De ella se encargan exclusivamente los trabajadores españoles. Los agricultores justifican el hecho de que se recurra a mano de obra española por la necesidad de que haya una «especialización» o porque buscan gente «cualificada». Pero estas justificaciones no son sociológicamente pertinentes puesto que en la segunda y tercera recolección se recurre a trabajadores inmigrantes. Además durante la primera cosecha los trabajadores españoles ganan entre 8.000 y 12.000 pesetas.

La segunda recolección se destina a la industria agroalimentaria. Generalmente ya no quedan muchos frutos en los campos. Los españoles no quieren trabajar en estas recolecciones porque no consiguen un salario significativo. Por eso resulta una labor que se deja a los inmigrantes, la única mano de obra que se presta a este trabajo. Con frecuencia no tienen ningún derecho como trabajadores y los sindicatos no existen en este medio. Aunque trabajan todo el día los inmigrantes son incapaces de ganar más de 2.500 pesetas. Hay incluso quien trabaja por 1.500.

El origen de esta pequeñísima remuneración está en la discriminación salarial que se produce en la fase de la re-

colección: el precio del cesto recogido varía según el trabajador sea español o extranjero. El español puede llegar a cobrar el doble. De esta manera, la empresa de trabajo agrícola en el cultivo de los cítricos se apoya en una diferenciación étnica y social. Aquí la correlación entre la etnia y la situación social y profesional está más acentuada. Las diferenciaciones raciales se han enraizado en la mentalidad de las personas, creando una jerarquía de roles y estatutos que proporciona la sustancia ideológica que legitimará las ganancias y remuneraciones desiguales y un acceso diferenciado a posiciones (o puestos) en el sistema laboral.

3. CONDICIONES DE VIDA DE LOS TRABAJADORES AGRÍCOLAS

En general las condiciones de vida son muy precarias y miserables. Creemos que es importante incluir el siguiente testimonio de un trabajador marroquí de El Ejido:

«Somos ocho en una habitación sin agua ni electricidad. Vivimos juntos, comemos juntos y cocinamos juntos. Pero en este momento sólo dos de nosotros trabajamos, los demás no tienen trabajo o trabajan uno o dos días por semana. Somos nosotros dos los que hacemos las compras y pagamos los gastos comunes por adelantado con la esperanza de que ellos también encuentren trabajo y puedan pagarnos luego. A veces cuando compro algo lo dejo a deber. Los agricultores y comerciantes españoles confían en mí. Suelo comprar pollo, conejo o incluso azúcar y otras cosas que necesito y me lo apuntan todo. A veces mis deudas alcanzan las 20.000 pesetas, he llegado a tener problemas por esto. Algunos de los que viven conmigo contribuyen con los gastos comunes, pero otros nos complican la vida. No están acostumbrados a valerse por sí mismos y se aprovechan de la situación.

Alguna vez me he vuelto a Marruecos y mis compañeros de habitación han seguido utilizando mi nombre

para comprar y dejarlo a deber. Pero lo pago yo a la vuelta. Ellos también suelen pagar para que los vendedores no pierdan la confianza en nosotros. Nosotros los necesitamos más a ellos que ellos a nosotros. Como nuestro trabajo es irregular hay que encontrar otros medios para sobrevivir. Nos ha llevado mucho tiempo negociar y ganarnos su confianza y sensibilizarles con nuestra situación para poder comprar y pagar al cabo de quince o treinta días» (Miloud, cuarenta y cinco años, Bouarfa).

La precariedad se manifiesta claramente en su forma de vivir y de acceder al mercado de consumo. Han reproducido la costumbre de tener crédito en los diferentes comercios al igual que hacían en su país de origen. Allí la solidaridad es casi una obligación social para sobrevivir cuando el trabajo es tan precario y aleatorio. Todos son conscientes de que es necesario someterse a las normas del grupo para sobrevivir. Transgredir las normas de convivencia no haría más que marginarles si algún día estuvieran necesitados. La gestión de las relaciones y la interacción dentro del grupo también está condicionada por la situación de inmigración. Gracias al grupo se crean vínculos sociales y se reproduce la solidaridad basándose en la sociedad de origen.

4. AL GHORBA⁶: OBJETO DE REPRESENTACIONES CONTROVERTIDAS

El trabajo agrícola no se vive como un honor. Se considera incluso estigmatizante y se vive por algunos como un fracaso social. Tras el sueño de partir, los marroquíes descubren realidades muy difíciles. Aunque al principio España representaba para ellos un país de oportunidades, una vez aquí, se encuentran expuestos a la exclusión y a la po-

⁶ Este término designa la situación de migración, de separación o de alejamiento del marco social, afectivo, familiar y de identidad del que provienen los inmigrantes. El «gharib» es el extranjero.

breza, lo que hace que se pongan en duda las previsiones iniciales. La «ghorba» (situación de migración) es desestructurante individualmente, pero proporciona el marco social que servirá para reinventar nuevas formas de solidaridad social. Los siguientes extractos de entrevistas ponen de manifiesto el sufrimiento y el malestar de los inmigrantes, que interiorizan esta imagen negativa de ellos mismos y terminan creyéndose inferiores.

«La “ghorba” vuelve a la gente más sensible y afectuosa. La mayoría dice que volverá a Marruecos para quedarse en caso de que encuentre dinero. Muchas veces me digo a mí mismo que me voy a Marruecos a trabajar en lo que sea: pastor... Es un asco tener que salir de trabajar sucio todas las noches y no tener ducha. No hay ni comida ni higiene como es debido. Y al día siguiente la historia se repite. Y a pesar de todo, sigue llegando gente de Marruecos.

La gente piensa que el extranjero es algo estupendo, pero los que lo conocemos sabemos que no vale gran cosa. Somos esclavos en los campos, hacen de nosotros lo que quieren sin piedad. Si tuviera ahorros, por modestos que fueran, no me quedaría aquí ni un segundo. Cada vez que gano lo suficiente para vivir un mes en Marruecos, me voy para allá. Tengo una familia a la que alimentar» (Hassan).

La definición de la «ghorba» que da este inmigrante es muy significativa. Pone de manifiesto la complejidad que entraña la situación de inmigración. La «ghorba» es esa relación paradójica entre la vida y la muerte lejos de la familia, del universo sociológico y afectivo de origen. Mohamed explica las contradicciones que produce la inmigración:

«Al ghorba es volverte extranjero con respecto a tu país. Es también el alejarte de tu familia, tus padres, tu país, la jmaa⁷, las oraciones... pero se convierte en una

⁷ Jmaa: consejo o comunidad que gestiona los asuntos colectivos a nivel del aduar (el aduar es la división administrativa rural del Magreb).

nostalgia cotidiana para todo el que vive en la ghorba. A veces también significa la desaparición, la ausencia. Muchos mueren en ghorba. En mi propia familia varios se quedaron inválidos o enfermaron en Francia y Bélgica. La muerte en ghorba es atroz. Es distinta a la muerte junto a los tuyos o en tu propio país. En ghorba la muerte es muy dura. El que vive la ghorba está como próximo a la muerte. Vive la soledad aunque esté rodeado de amigos aquí.

Yo trabajo todos los días para enviar dinero, pero hay noches en las que lloro al pensar que estoy lejos de mi mujer y de mis hijos. Me siento en un agujero negro y me pregunto por qué mi destino es la inmigración. Cuando enfermas tienes una sensación insoportable por estar lejos de los tuyos. Me digo: si muero aquí ni siquiera tendré la oportunidad de ver por última vez a mis hijos y a mis padres. La distancia hace la ghorba más difícil de soportar. Ahora hay problemas con la administración, con los visados... Si en Marruecos te cambias de ciudad no tienes la misma sensación de sufrimiento interior que aquí, porque allí estás rodeado de marroquíes, estás en tu país.

Yo en cinco años no he ganado nada. Mi rebaño no ha aumentado y no he podido comprar vacas. Lo único que he conseguido es construirme una casa. Pero no tengo dinero en el banco y mi familia y yo tenemos lo justo para vivir.

Mi futuro aquí está echado a perder. Diez años separado de mis hijos es mucho. A veces lo pienso por las noches y no puedo dormir. Quiero volver, pero sin dinero es casi imposible. Yo al menos no fumo, no voy con prostitutas y no me paso el día en bares y discotecas. Yo trabajo en la agricultura y a veces vendo alfombras. No consigo ahorrar. No consigo satisfacer las necesidades de mi familia. Y como no puedo ahorrar una suma considerable, no puedo quedarme mucho tiempo en Marruecos. En Marruecos cuando se habla de los que emigran a España, se les llama, irónicamente, los casados de siete días. Antes las bodas duraban siete días, durante los cuales se celebraban banquetes a diario. Pero al cabo de siete días no había nada que llevar-

se a la boca. A veces no podemos quedarnos allí más de siete días debido a los gastos y a lo mediocre de nuestra economía.

Hay una enorme diferencia entre los inmigrantes de Francia y Holanda y los de España. Mi primo el de Francia se ha comprado una casa de 540.000 Dirhams, tiene dos coches: un Mercedes y un Peugeot 504, tiene dinero en el banco y mucho más. Yo podría trabajar aquí diez años y no conseguiría en la vida un Mercedes.

He pensado en irme a Francia, pero no tengo los papeles necesarios y tengo miedo de perderlo todo. Aquí más o menos me he acostumbrado a vivir. Es difícil cambiar, como decimos en mi país: la sal de estas tierras nos aprisiona los pies para que no nos podamos ir.

En este país hay cuatro cosas que todo inmigrante debe tener: los papeles en regla, dinero, buena salud y el idioma. Con que te falle sólo una es como si no tuvieras nada. Cada una de estas cosas es fundamental, si no vivirás en la miseria. Para comer hace falta dinero, y para tener dinero hay que trabajar, y para trabajar hay que tener papeles y para buscar trabajo hay que conocer el idioma.»

Los marroquíes en España se sienten como extranjeros, pero viven la inmigración de distintas maneras según su situación socioeconómica, la naturaleza de sus contactos sociales, estar acompañado por su mujer y sus hijos o separado, etc. Los trabajadores agrícolas de Andalucía son mayoritariamente hombres solos, que han dejado a su mujer en su país o son todavía solteros. Además de ciertas actitudes de rechazo hacia el sistema educativo y de escolarización de la sociedad de acogida, no poseen condiciones necesarias para reunirse aquí con su familia.

5. LOS NUEVOS CLANDESTINOS

Los inmigrantes son conscientes de la importancia que tiene el colaborar unos con otros para progresar. A menudo viven una experiencia dolorosa que no quieren com-

partir con los demás. La lucha contra la inmigración clandestina debe tratar primero de que los mismos inmigrantes se asocien entre ellos. La represión no puede combatir eficazmente a las gentes que se preparan psicológicamente para exponerse a peligros y a la muerte cuando traspasa las fronteras. Los jóvenes viven en Marruecos una exclusión social y pérdida de confianza en las instituciones. Sufren una crisis de identidad personal incluso antes de seguir el camino del exilio.

Nuevas medidas más participativas y que favorezcan el desarrollo en zonas de migración interior, permitirían a los candidatos potenciales a la emigración integrarse social y económicamente.

Los inmigrantes han hecho todo un discurso sobre el traspaso de fronteras en las «barcas de la muerte». Aunque son conscientes de los riesgos, lo ven como la única solución para mejorar sus condiciones de vida. Por su parte, la sociedad española considera estas prácticas como una invasión que pone en peligro su identidad y su soberanía. Hemos preguntado acerca del recorrido migratorio. Mohamed (treinta y nueve años, Taourirt) responde:

«Lahrig (las pateras) es la causa de la muerte de muchos jóvenes, de la pobreza de unos y la riqueza de otros. Mi suegra tiene un hijo y dos hijas que también están a mi cargo. Todos sueñan con venir al extranjero. Yo les repito que no merece la pena jugarse la vida por venir. Nuestro vecino se aventuró y murió. Aunque tenía una tiendecita de alimentación, creía que el extranjero sería su única forma de enriquecerse. Y ahí le tienes: ahogado en el mar porque la barca volcó.

En realidad los únicos que se arriesgan son los pobres y los parados. A veces hay hijos de ricos que vienen, pero no lo soportan y se vuelven a marchar. Algunos ya habían trabajado en la agricultura y otros no. Yo trabajé mucho tiempo en Marruecos, era más bien un ganadero ovino. Practicaba una agricultura de cereales, sin más. Pero aquí aprendí la labor agrícola.

No entiendo cómo hay gente que se lanza al mar en las pateras pagando unas cantidades increíbles. Muchí-

simos mueren. Personalmente no me metería en algo así ni por todo el oro del mundo, es jugarse la vida y España no es un país por el que haya que jugarse la vida. No hay dinero, no hay trabajo, y encima la humillación...»

Los jóvenes candidatos a la inmigración respondieron algunas preguntas acerca de las condiciones de vida en su país y la influencia de los que regresan a Marruecos. Los emigrantes muestran sus riquezas e influyen en los compatriotas que se quedaron. También los medios de comunicación muestran una imagen idealizada de Europa, como tierra de riqueza, prosperidad y bienestar.

«En Marruecos la situación es muy dura y la gente no entiende como su vecino ha conseguido tener una casa decente, con alfombras, televisión, etc.»

Los trabajadores inmigrantes viven una perpetua humillación en la sociedad de acogida donde se estancan en posiciones sociales bajas, posiciones que su sociedad de origen percibe como propias de «nuevos ricos».

6. TRAYECTORIAS MIGRATORIAS

Hemos pedido a Ahmed (cuarenta y cinco años, originario de Djerada) que nos explique su itinerario migratorio con el fin de que podamos ver mejor cómo se organizan las infraestructuras.

«En mi caso, mi primo vino primero y me envió su dirección. Luego vinimos otros cuatro, todos de la familia. Luego nosotros también escribimos a otros cuantos para que vinieran. En 1988 y 1989 lo único que hacía falta era comprar el billete de avión. Todo era más sencillo. Cada inmigrante ayuda directa o indirectamente a otros a emigrar.

En nuestra región en Marruecos se vive en la miseria. No hay nada aparte de la ganadería ovina. Incluso las legumbres se comen sólo una vez por semana. El

Estado no ayuda nada a la ganadería. No hay apoyo. Cuando llega la sequía hay quien pierde su ganado. Luego están las deudas del Credit Agricole...

Hay dos tipos de inmigrantes: los que vienen directamente del Aduar, que no son muy espabilados. Luego están los que ya conocieron la inmigración en Marruecos (migraciones interiores), que tienen alguna titulación, tienen más experiencia y se desenvuelven con más soltura. Si la situación a su llegada no les gusta pueden cambiar de región o de país sin mayor problema. Los otros, los que vinieron directamente del Aduar siguieron un itinerario especial. Dejaron sus estudios o nunca los comenzaron. Luego fueron pastores o asalariados de otras personas. Después consiguen su pasaporte e invierten en un billete de avión. Cuando llegan a España descubren una forma completamente nueva de vivir, pero no saben muy bien cómo funciona aquí todo. Son susceptibles de caer en cosas como el alcohol o las drogas. Aceptan cualquier tipo de trabajo. Su referencia es que aquí se les paga más que en Marruecos. No tienen en cuenta muchas cosas, como la diferencia de nivel de vida, ni la humillación que viven aquí.

Yo antes de venir a España viajé mucho por Marruecos. Estuve como trabajador agrícola en Berkane y en Ahfir. En Berkane trabajé para Hadj Ben Amer, que es un gran agricultor. Me ocupaba del ganado y también de la agricultura. Estuve allí de 1976 a 1979, tres años. En aquella época yo ganaba 18 Dirhams, ahora dicen que el salario varía de 50 a 70 Dirhams. Si eso es verdad, es mucho mejor que trabajar en España en una situación de humillación inadmisibile. Si tuviera la certeza de que puedo trabajar por 70 Dirhams (1.300 pesetas) y de forma permanente, volvería mañana, me compraría una moto y me haría cada día la distancia que hiciera falta.»

Hassan nos habla de su recorrido laboral tras trabajar en Marruecos y de su condición de inmigrante en España entre El Ejido, Murcia, Valencia, Zaragoza...

«Yo, aparte de la ganadería, recogía alfalfa en mi región. La vendíamos a 10 Dirhams el quintal. Me pasa-

ba un día entero para recolectar un quintal y medio, es decir, para 15 Dirhams. Con eso no puedes hacer nada. Yo tengo que cuidar de doce personas: dos mujeres, seis hijos, más mis hermanas y mi madre. No pude hacer frente a esta carga familiar. Veía a mis primos, que trabajaban en Francia y en Alemania y que volvían con importantes sumas de dinero. Se compraban ovejas, vacas, casas, coches, etc.

Un año me puse a trabajar de "chaoual" (segador que trabaja con hoz) porque en mi región en aquella época no había muchas segadoras trilladoras. Con el dinero que gané solicité mi pasaporte. Con suerte logré sobornar a los funcionarios de la administración local. Me lo dieron. Antes no era tan sencillo conseguirlo como hoy.

Para comprar el billete de avión tuve que empeñar las joyas de mi madre. El trabajo jornalero en Murcia se pagaba a 1.300 pesetas. La primera vez que regresé a Marruecos, lo hice con 12.450 Dirhams. Devolví a mi madre lo que le debía y el resto lo gasté con mi familia. Luego volví a irme un par de veces más.

Tener una vida distinta en Marruecos me parece muy difícil. Con lo que ahorro aquí sólo me llega para mantener modestamente a mi familia. Con lo que trabajamos en España es imposible hacerse rico. Mi nivel de vida no ha cambiado mucho en este tiempo. Pero al menos antes estaba tranquilo y cerca de mis hijos. Aquí pienso en ellos cada día, tengo nostalgia.

Por lo menos ahora soy capaz de comunicarme con los españoles, no tengo problemas con el idioma.

No me planteo quedarme aquí hasta el fin de mis días. Me he propuesto ahorrar un dinero e invertirlo después en una tiendecita en Marruecos, o en algo similar, sólo para estar cerca de mi familia. Pero el problema es que el salario como jornalero es bajísimo y con él tengo que mantener a varias personas. No sé cómo saldré de ésta.

En siete meses sólo fui capaz de enviar 22.000 Dirhams a Marruecos. Es poquísimo para lo que trabajamos. Y con eso mi familia tiene un salario mensual de 3.000 Dirhams para once personas. Ya no sueño con tener una casa, ganado... me conformo con dar de comer a mis hijos.

Además al no tener una formación es imposible trabajar en algo que no sea la agricultura. ¿Qué futuro nos espera en Francia, Bélgica u Holanda si no tenemos estudios?»

Hassan nos da una explicación cargada de sentido para hacernos ver la situación del inmigrante, que vive presionado por la sociedad de origen y la de acogida. Los testimonios ponen de manifiesto que la inmigración no es una aventura individual, sino una estrategia social.

7. A LA DERIVA

La inmigración trastoca los valores internos de la sociedad de origen. El individuo se aleja de un entorno social cargado de limitaciones, prohibiciones y de normas sociales que dirigen las conductas individuales y colectivas. El individuo está sometido a la ley del grupo y a la autoridad familiar. Las instituciones sociales (jmaa, tribu...) aseguran el equilibrio social. Cuando deja su país, el inmigrante se encuentra con unos valores intrínsecos diferentes. La sociedad funciona con referencias y normas que favorecen la expresión individual de la persona, en singular. No obstante, el empobrecimiento del trabajador produce frustración y la ruptura de vínculos sociales y familiares con el país de origen. A veces esta situación hace que algunos inmigrantes se den a la bebida.

«Yo personalmente ni bebo ni fumo ni me paso el día en bares y discotecas. Aún así no consigo ahorrar. No sé cómo harán los que se divierten con todas esas cosas.

Hay algunos por aquí que estarían mejor en Marruecos. Conozco a un hombre que tiene siete hijos. Cuando llegó a España casi se muere de hambre. Se pasaba el día llorando y los agricultores no querían contratarle porque creían que ya estaba mayor. Lo único que quería era ahorrar algo para poder marcharse. Un día, junto con mis compañeros, le compré un billete de vuelta, caramelos para sus hijos y algo de ropa para que llega-

ra a casa bien vestido. En la estación le dimos 50.000 pesetas para que se apañase la primera semana. La última vez que le vi estaba muy contento y se arrepentía de haber venido a España para pasarlo tan mal.

El problema que veo en España es que hay mil formas de que los jóvenes se perviertan. Cuando un chico joven reúne 10.000 pesetas se las gasta esa misma noche en la discoteca. Al día siguiente no tiene ni para tabaco. Cuando tiene dinerito en los bolsillos se olvida de Marruecos, pero cuando está sin blanca le entra la nostalgia. Además para volver a Marruecos necesita bastante dinero, no puede volver con las manos vacías y que su familia le tenga que mantener. Para poder marcharse tendría que ahorrar un par de años, estarse tranquilo y sin gastar en bares.

Hay inmigrantes que se dan a la mala vida aquí en España, pero también es cierto que en casa hacían lo mismo.

El mayor problema son los padres: en cuanto se quedan sin dinero cortan todo contacto con su familia. Se sienten avergonzados y se esconden aquí.»

La pobreza, unida a la situación de la inmigración, provoca una ruptura de vínculos sociales y familiares. Esta situación sociológica tiene como resultado la marginación. Los inmigrantes son entonces carne de cañón para problemas como el alcoholismo, la drogadicción o las enfermedades.

8. EL INMIGRANTE ENTRE LA SOCIEDAD DE ORIGEN Y LA DE ACOGIDA

El inmigrante está presionado por la sociedad de origen. En su país se le ve como a alguien que posee los medios para triunfar. La sociedad local de la que procede, y su familia, no tolera el fracaso de sus miembros en el exilio. Deben triunfar y exhibir sus ganancias. Así, la inmigración se aleja de ser un acto voluntario o individual. Está teñida de la espera de la sociedad de origen y de sus expectativas

para mejorar sus condiciones de vida. Miloud describe esta situación:

«En mi país tenemos tradiciones muy complicadas. Cuando vuelves a casa tienes que llevar regalos, participar en la “sadaka” (rito musulmán) e incluso dar de comer a todo el que viene a visitarte. Eres un extranjero también allí. Los hombres que viajaron al extranjero conocen el valor de las cosas y el esfuerzo que cuesta ganarse el dinero. Los demás, que no saben estas cosas, creen que es fácil hacer dinero en España.

Yo les explico sinceramente cómo es la vida por aquí: les cuento que no hay trabajo y que la vida es muy cara. Algunos me creen y otros no. Algunos, al ver a sus vecinos traer dinero y progresar, creen que les digo estas cosas para disuadirles.

Ahmed continúa con el mismo tema:

«Cuando estás con tu familia no quieres marcharte de nuevo. Compartes la comida... En tu casa eres el amo. En España si el dueño te pide que dejes la casa, tienes que hacerlo. Me gusta más la vida en Marruecos. Si tuviera al menos unas ganancias de 50 Dirhams al día, no me quedaría aquí ni un día más. Pero lo que pasa es que en la región donde vivo no hay nada que hacer. Sólo ganado, y si no tienes te mueres de hambre.

La gente es una inconsciente. Todos los que regresan a Marruecos de vacaciones, dan una falsa imagen del extranjero. Se ponen sus mejores galas y cuentan que trabajamos por 400 Dirhams. El pobre hombre que oye esto se siente frustrado por tener que buscar la ropa en la basura.

Mi problema es que como tengo papeles, creo que la situación cambiará. Dicen que van a darnos papeles para diez años. Con los que tenemos ahora no hacemos nada. Es un permiso de un año y no te lo entregan hasta cinco o seis meses antes de que expire. Es un círculo vicioso. Además cuesta trabajo obtenerlo sin la ayuda del patrón y los sindicatos. Hay que pagar un seguro... es complicado. Incluso el permiso de un año se queda corto: no puedes hacer muchos planes, vives en una situación tempo-

ral. Deberían hacer como en el resto de Europa y darnos permisos de cinco o diez años. No se habla más que de eso, es una obsesión, trabajamos por y para los papeles. Los problemas administrativos son para volverse loco. Nos convocan cada dos por tres y hay que dejar de trabajar para ir. Esto no gusta a los empresarios. Conozco a quien perdió su trabajo por este motivo.

La gran mayoría no han venido sólo para trabajar aquí. Es una primera parada para irse luego a Italia o a Francia. Algunos se quedaron aquí contra su voluntad sólo por el lío de los papeles.

Los papeles no facilitan la integración. El hecho de estar aquí de forma provisional desestabiliza nuestra situación. Supongamos que mientras esperas a que te den los papeles alguien de tu familia muere, ¿es posible volver a casa?: No. Esta situación es inhumana. Yo mismo la he vivido. Mi padre estuvo un tiempo muy enfermo y solicité volver a casa temporalmente. La respuesta fue muy grosera. Creo que en este aspecto hay mucho racismo.

Hay mujeres españolas y árabes que trabajan como prostitutas. También hay muchos homosexuales. A veces cuando voy andando por la carretera me para alguno y me pregunta a dónde voy. Vayas donde vayas quedará acompañarte. Después te empieza a tocar... no soporto que ningún hombre me haga eso.

En lo que se refiere a las prostitutas, hay precios muy diferentes. La policía no dice nada. Pero son sobre todo los jóvenes los que van a sitios así. Es curioso ver a chicos que en Marruecos eran pastores y aquí beben y bailan al son de la música española. El dinero que gastan es una pasada. Yo no he venido a bailar con las españolas, yo he venido a trabajar.

Un conocido mío llegó a gastarse 100.000 pesetas en una sola noche, es una locura. ¿A cuántos desgraciados podrías dar de comer con tanto dinero? Es inadmisibile. Si el dinero se gastase para hacer el bien de los demás... pero en cosas perversas y de Satán...»

Como conclusión nos parece importante resaltar tres puntos. El primero es que la inmigración marroquí ha

permanecido mucho tiempo en la oscuridad, en la invisibilidad, de acuerdo con los dictados de los propios inmigrantes: «Trabaja y cierra la boca.» Este silencio no puede continuar porque esconde un verdadero problema social: la desestructuración de la sociedad provocada por el problema migratorio y la alteridad. El segundo punto importante es que la situación del inmigrante era tan escandalosa que de ahora en adelante será imposible callar las reivindicaciones para mejorar las condiciones de vida y de trabajo.

Finalmente, la competitividad en el mercado laboral entre las distintas categorías de trabajadores agrícolas (autóctonos e inmigrantes) aviva continuamente el conflicto étnico y el riesgo de nuevas oleadas de violencia en el futuro. El racismo está más presente en las clases bajas de la sociedad, donde la competitividad para encontrar empleo es mayor. Cada comunidad culpa a la otra del deterioro de las condiciones de trabajo. La intervención del Estado, de la sociedad civil y de los diferentes factores sociales, políticos y económicos podrá reabrir el debate sobre las cuestiones relativas a la convivencia, la dignidad y el respeto del prójimo y el rechazo a los sentimientos nacionalistas que conducen al racismo.